

DESAFÍOS DE LA DESINFORMACIÓN Y LA OPINIÓN PÚBLICA PARA LA FORMACIÓN DE PERIODISTAS: APUNTES DE UNA EXPERIENCIA MÁS ALLÁ DE LAS AULAS

Pamela J. Cruz Páez¹

Tania Orbe Martínez²

Eric Samson³

Abel Suing⁴

INTRODUCCIÓN

En el escenario digital, la desinformación es un fenómeno con crecimiento exponencial, principalmente a través de los mensajes de texto y las redes sociales (Salaverría et al. 2020). Desde 2018, cuando se adoptó la definición propuesta por la Comisión Europea, se asume que no es una sino un conjunto de manifestaciones de contenidos, entre falsos, inexactos o engañosos, que se diseña, se presenta y se promueve para, de forma deliberada, hacer daño público o generar ganancia (European Commission 2018).

1 Universidad de Málaga / OIME; <pjacruz@uma.es>.

2 Universidad San Francisco de Quito; <torbe@usfq.edu.ec>.

3 Universidad San Francisco de Quito; <esamson@usfq.edu.ec>.

4 Universidad Técnica Particular de Loja; <arsuing@utpl.edu.ec>.

En cualquiera de esos modos desinformativos, en los que subyace una intencionalidad, radica su diferencia con el periodismo que cumple con los estándares profesionales y la ética, es decir, con un ejercicio profesional de calidad (Ireton y Posetti 2020). Sin embargo, esa distinción no ha sido suficiente para que las emociones y creencias personales tengan mayor influencia, que los hechos objetivos, en la configuración de la opinión pública; lo que se conoce como posverdad (Oxford University Press 2016).

Este último concepto se enlaza de forma directa con la desinformación e influye en los debates en la esfera pública *online* y en los usuarios digitales. También, la posverdad ha sido asociada con la “comunicación política digitalizada”, en que se ha modificado cierta relación que la sociedad tiene con la verdad (Capilla 2019). Ese cambio se explica, en lo esencial, por la pérdida de influencia y confianza en los medios de comunicación (Rodrigo-Alsina y Cerqueira, 2019; Marcos Recio et al., 2017).

Igual sucede en Ecuador, donde los medios de comunicación “presentan una pérdida de confiabilidad en una gran parte de la población, que piensa que el manejo editorial tiene intereses económicos o políticos” (Mullo et al. 2021, 148). Justamente desde aquel quebranto —que no se limita a lo mediático, sino que alcanza también los espacios académicos, donde aún se expone la verdad como un principio del periodismo para una formación responsable de la opinión pública (Lippman 2021)—, este capítulo se estructura a manera de un extracto de una experiencia colaborativa en diálogo intercultural en el sistema nacional de educación superior, que inició en 2020, para sustentar una aproximación a los desafíos y las exigencias del actual ecosistema informativo para la formación de periodistas.

Con ese propósito, en un primer apartado se conceptualiza la práctica periodística de la verificación como una

competencia del pensamiento crítico. En ese horizonte, en la segunda sección, se registran los antecedentes a la propuesta del Observatorio Interuniversitario de Medios Ecuatorianos (OIME) en una lucha contra la desinformación y posverdad, y los ubica en 2017 cuando una de las dos universidades fundadoras del OIME empezó a colaborar con el primer medio de verificación del país, que se constituyó en un aliado inicial para el desarrollo de competencias digitales de los periodistas en formación.

Con ese ensayo previo, en la tercera sección se aborda el análisis realizado por OIME, como un ejercicio no exclusivo de plataformas dedicadas al *fact-checking*, con periodistas, analistas de datos y expertos en informática y estadísticas; además, se explica el diálogo intercultural como parte de una metodología de identificación de la desinformación, que se refuerza con otra adaptada para el apoyo a los públicos, que son el objetivo de los contenidos contaminados.

De lo aprendido al interior del OIME, en el cuarto apartado, que incluye extractos de una entrevista con Christophe Deloire, director general de *Reporteros Sin Fronteras*, se establece un puente entre la experiencia colaborativa local con el debate global alrededor de la desinformación, que se proyecta a la pertinencia de las normas de calidad de contenidos, para finalmente cerrar con un conjunto de principios en la línea de responder a los desafíos del panorama periodístico actual y de futuro para formar a profesionales.

Así como lo desinformativo se caracteriza por estrategias que contaminan la información y ciberataques que se ejecutan por medio de plataformas tecnológicas (Wardle y Drakhshan 2017), la coartada metodológica que se propone para desarrollar cada una de las secciones mencionadas anteriormente, que son parte de una misma experiencia, es el estudio de caso

por el registro detallado del OIME como objeto de análisis, características y procesos (Monje 2011). Ese tipo de estudio es pertinente porque OIME es una de las dos experiencias pioneras de respuestas a la desinformación en Ecuador (Cruz et al. 2023), que por medio de una alianza tripartita (medios de comunicación, academia y sociedad civil) identifica la desinformación a través de la verificación y la investigación, y apoya a los públicos que son blanco de lo desinformativo por medio de la alfabetización digital, con perspectiva intercultural.

Ambas acciones forman parte del marco general, en el que la UNESCO (2020) ha situado cuatro diferentes tipos de respuestas a los desórdenes informativos, entre las que se incluyen, además, respuestas legislativas y políticas a la producción y distribución de desinformación, más las acciones curatoriales de las compañías de internet.

LA VERIFICACIÓN, UNA ESPECIALIZACIÓN EN PENSAMIENTO CRÍTICO

A nivel internacional, los periodistas tienen que lidiar con el continuo aumento de desinformación (ONU 2017). Una de las principales manifestaciones son las denominadas *noticias falsas* o *fake news*. Estas representan un peligro para las democracias (Pauner 2018; Marcos et al., 2017); por ello, son calificadas como enemigas de la libertad de expresión, particularmente ante la crisis de los medios tradicionales (Newman, 2019; Tanz, 2017). Sin embargo, también, son una oportunidad de legitimidad para el “periodismo ético y comprometido con la evidencia y la alfabetización mediática” (Tabja 2021, 49).

En la práctica, existen personas y cargos dedicados a luchar contra la desinformación desde los medios, pero los periodistas verificadores, *fact-checkers* en inglés, “no pueden poner

fin a toda la desinformación [...], es necesario que los ciudadanos tengan acceso a formación que les permita distinguir la veracidad de las informaciones” (Herrero y Herrera-Damas 2021, 14).

Si bien los periodistas verificadores denuncian los errores y las falsedades (Amazeen 2015), hay otros que aprovechan la tecnología para hacer un periodismo bajo en estándares de calidad, que no ayuda al análisis, la comprensión e interpretación de la información (Casero y Cullell, 2013; Paniagua et al., 2014; Renó y Flores, 2014). En cierto sentido, los resultados de la verificación crean un nuevo contenido de noticias que es diferente en estructura, lenguaje, estilo y propósito de otros géneros.

Además de los medios y el periodismo, la propagación de desinformación “plantea un severo desafío a los sistemas educativos, siendo claves el desarrollo del pensamiento crítico y las competencias analíticas para una intervención educativa exitosa” (Alcolea-Díaz et al. 2020, 106), porque en todos los campos se evidencian impactos negativos ante la ausencia de la verdad.

Lo referido expone la necesidad de formar periodistas para nuevas demandas del ecosistema informativo, a partir de ajustes o nuevos currículos. Por un lado, el alumnado con “mejores capacidades para reconocer la información falsa ha recibido más formación sobre estrategias y medidas de verificación de información” (Cerdà-Navarro et al. 313), pero también hay estudiantes que no están totalmente satisfechos y no consideran “suficientes los recursos o herramientas que su profesorado les ha facilitado para detectar *fake news*” (Herrero y González 2022, 17).

De allí que tanto los profesionales en verificación de noticias como los académicos postulan “la relación estrecha entre esta actividad y la formación periodística. Esta vinculación dista de algunas consideraciones previas que apuntaban [...] al activismo político y lo convierte en una especialización periodística”